

El misterio de



la Loma Amarilla



José Güich Rodríguez

El misterio de
**la Loma
Amarilla**

José Güich Rodríguez

El misterio de la Loma Amarilla

Primera edición: diciembre de 2013

Quinta reimpresión: noviembre de 2018

Fotografía de cubierta: Luis Camacho

Diseño de cubierta: Rocel Rodríguez

Retoque digital: José Quijaite

Diagramación: Rosie Ramos

Coordinación editorial: Carlos Maza

© del texto: José Güich Rodríguez, 2009

© de esta edición: Ediciones SM S. A. C., 2009

Micaela Bastidas 195, San Isidro, Lima, Perú

Teléfono: (51 1) 614 8900

contacto@sm.com.pe

www.sm.com.pe

www.leotodo.com.pe

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Impreso por Gráfica Esbelia Quijano S. R. L.

Jr. Recuay 255, Urb. Chacra Colorada,

Breña, Lima, Perú

Tiraje: 1000 ejemplares

ISBN: 978-612-4055-19-5

Hecho el Depósito Legal

en la Biblioteca Nacional del Perú: 31501311801040

Registro de Proyecto Editorial: 2018-15849

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.



El misterio de
**la Loma
Amarilla**



José Güich Rodríguez



*A la memoria
de mi amigo Enrique Congrains.*

Uno

Yo jamás habría creído en las asociaciones libres si un periodista joven no hubiese acudido hoy a Barranco, muy temprano, para indagar sobre mis primeros pasos en el ejercicio de la profesión. No creo en ese rollo de que me he convertido en una leyenda para las nuevas generaciones ni en que todo el mundo desea conocer pormenores de eras tan remotas.

El muchacho parecía estar informado sobre cada una de mis andanzas en el El Centinela, diario en que colaboré desde 1922, primero como reportero y luego como redactor, editor general y toda la jerarquía —títulos pomposos que siempre me parecieron absurdos: uno es periodista y punto—. Pero él no sabía nada acerca de los “años perdidos”.

Cuando por fin preguntó sobre el primer caso extraño en el que estuve involucrado, no supe qué responderle. Quizá la falta de costumbre me traicionó, pues estoy más habituado a interrogar que a responder. Le pedí a mi visitante que me disculpara:

podríamos vernos otro día, sin duda, y ya tendría información concreta. Ciertamente desconcertado, el joven se despidió, dejándome su número de teléfono.

¿El primer caso? ¿Hubo un primer caso propiamente dicho? No lo sé: el registro aparece en blanco. Ha corrido bastante agua por el Rímac. Trabajé más de cuarenta años en un periódico de gran influencia en el país. Me jubilé con honores, me retiré aquí, en la casa heredada de mis padres, después de vender el departamento del jirón Carabaya, en el centro. La acumulación de sucesos no me permite ver el paisaje con claridad. María Luisa tiene mejor memoria que yo, pero está de viaje ahora, visitando a nuestro hijo mayor que vive en Buenos Aires con su esposa y nuestros dos nietos. A mí me cuesta mucho desplazarme pese a que mi estado físico es envidiable para un hombre de sesenta y ocho años. Es una cuestión absolutamente psíquica. Me moví por todos los confines durante mi juventud; estoy agotado, hastiado de la vorágine —aunque reconozco que me habría encantado ser joven en esta época, con la libertad, la franqueza y las aspiraciones a la igualdad que cunden hoy, en 1968—.

Fui un adelantado. Está en el aire, lo percibo. Se trata de esas "buenas vibraciones" de las que habla la música de esos muchachos, los Beach Boys... ¿O son los Beatles? Siempre los confundo. Vaya, otra vez una laguna. Tendré que averiguarlo pronto.

Volvamos a lo esencial. Me preocupaba no recordar cuándo se manifestó por primera vez un quiebre, una fractura respecto al sentido común, que pudiese llamar "caso número uno". Subí al estudio de la tercera planta, desde donde se veían buena parte del malecón y el océano como gigantesco telón de fondo. ¿Por qué olvidé algo que debió haber sido tan significativo en mi existencia? Es probable que lo haya almacenado en el inconsciente y que no sea sencillo extraerlo. O, quizás, no tuvo la importancia que se les suele adjudicar a las experiencias iniciáticas. Ni siquiera había comenzado a trabajar en el diario.

Absorto, me acerqué al extremo de la habitación, empujé la puerta y salí a la azotea de la casa, y ahí entendí que lo de las asociaciones libres era admisible. Vi el Morro Solar a lo lejos: el enorme custodio de Chorrillos que siempre parece un barco a punto de iniciar su viaje a ninguna parte. Ahí se encendió la luz.

Recordé con exactitud cuándo yo, Pablo Teruel, limeño, nacido en 1900, hice contacto con esas fuerzas alternas que nuestra razón pretende relegar al desván. La clave estaba en un extremo de la bahía de Lima una mañana de agosto extrañamente soleada para el habitual clima invernal de la ciudad. Al observar distraídamente la enorme mole, la memoria me desplazó hasta aquellos días. Sí, me había llamado el padre de María Luisa (llamada, sencillamente, Marilú en marzo de 1921: solo una vaga intuición me decía entonces que en un punto del futuro seríamos

un matrimonio, como dicen, muy bien avenido). Él había sido mi profesor más apreciado en San Marcos. ¿Cómo era Pablo Teruel en aquella época? Deberá ser juzgado con indulgencia. Recuerden que solo tiene veintiún años, aunque siempre fue algo precoz —más de la cuenta—.

—Buenas tardes, doctor. Me avisaron en casa que deseaba hablar conmigo urgentemente.

—Pasa, Pablo. Vaya, qué gusto, muchacho. ¿Cómo están Alberto y Yolanda? Dile a tu papá que es un ingrato. Ya no viene mucho por aquí.

—Trabaja demasiado, doctor. Pero le manda saludos y dice que vendrá una de estas noches a jugar ajedrez.

—Será bienvenido, como siempre, igual que tú. ¿Qué has estado haciendo?

—Bueno... Escribir, leer... Dos veces por semana ayudo en la oficina a mi padre... Explorar los alrededores de Lima; nada novedoso.

Se sentaron en el salón de la casa. Siguieron hablando de las vacaciones forzadas —el receso que la universidad se impusiera a sí misma por miedo a ver socavados sus fueros— y de los cursos que le faltaban a Pablo para concluir sus estudios en la facultad de Derecho. Teruel sabía de esos preámbulos tan ceremoniosos del doctor Zavala. Con paciencia, permitió que continuara hasta llegar al tema por el cual lo había llamado.

—No es por cuestiones de política que te llamo, Pablo. Eso tendrá que seguir por cuerda separada. Ah, me olvidaba: Marílú supo que venías. Me dijo ya no la visitabas para esas discusiones interminables sobre todo y nada. Espérala. No se encuentra ahora pero volverá pronto.

—Con gusto, doctor, aunque es muy difícil vencer a Marilú. Es una polemista tremenda, especialmente cuando se trata de religión. Hasta un librepensador como yo, apartado por completo del “buen camino”, trastabilla con su hija. Claro que la esperaré, será un gusto saludarla.

—Bien, Pablo. Que conste que yo no te convoqué para hablar de esos temas. Es porque un amigo mío necesita tu ayuda. Vive en Surco. Tiene una casa de campo cerca de la ruta que va hacia San Juan. ¿Conoces la zona?

—Sí, bastante. He paseado a caballo por esos campos. Hasta se descubren venados si uno no hace mucho ruido.

—Me alegra que conozcas el terreno. La ubicación de la casa es muy particular. Mi amigo tiene uno de esos problemas que te interesan y quiere hablar contigo personalmente. Le di las mejores referencias. ¿Te parece si vamos este sábado? Nos ha invitado a pasar el fin de semana.

Yo no tenía ningún compromiso. Había cierta modorra en la ciudad en materia de actividades sociales y

culturales después de los aparatosos carnavales (una fiesta que sí apreciaba, pues era lo más pagano a lo que podía aspirarse en esa aldea). Pero poco a poco retornábamos a la tensión habitual: el régimen había encarcelado a opositores muy distinguidos, así como a periodistas de nota. San Marcos declaró suspendidas las actividades académicas.

Recuerdo que antes de despedirnos, el doctor Zavala me había solicitado que tuviera mucho cuidado con expresar mis ideas políticas ante su amigo, pues se trataba de un colaborador cercano del dictador que había irrumpido dos años antes. Yo se lo prometí, un poco forzado por las circunstancias: Zavala era viejo amigo de mis padres y, más allá de nuestras discrepancias ideológicas —menos problemáticas de las que yo tenía con Marilú—, le prometí que no habría política de por medio. Además, él también detestaba a Leguía. Acepté, encantado, sin cuestionar demasiado ni solicitar información previa. Al fin y al cabo, era otra oportunidad para oxigenar el cerebro en un medio tan limitado como la Lima de esa época. Salir una vez más y respirar naturaleza en estado puro. Olvidar por instantes la indignación frente a tantos atropellos contra la democracia. Partiríamos muy temprano. Nos recogerían en casa de Zavala, el punto de reunión.

Alguien pensará que voy a salir apresuradamente sin esperar a Marilú, pero no se preocupen, pues sí aguardé a que ella hiciera su aparición en

escena. Tenía tres años menos que yo pero hablaba con la convicción de una mujer cosmopolita, lo que —había oído— estaba ahuyentando a la mayoría de sus pretendientes. Yo, por mi parte, nunca me amilanaba ante semejante derroche de sinceridad (la habían educado —católicamente— para decir lo que pensaba, sin cortapisas y con criterio. Como en mi caso, los libros siempre estuvieron al alcance de su mano).

Me abrazó con calidez y ternura, como era su costumbre en cada encuentro. Nos conocíamos desde niños.

—¡Conque reapareciste finalmente, Pablito Teruel! Ingrato.

—¡Hola, Marilú! Resucité. Aleluya. Sí, acepto mi condena. He hecho acto de contrición por abandonarte tantas semanas. Hasta me confesé.

Para ese instante, el doctor Zavala ya se había ido. Tenía asuntos urgentes en su oficina.

—Tú siempre tan devoto...

La ironía en una mujer es irresistible. Y en Marilú era doblemente irresistible.

—Estuve leyendo a Renan de nuevo, querida. He llegado a la conclusión de que es un creyente encubierto. Me estoy contagiando. Aunque ya sabes que si yo ingreso a un templo, pues lloverá azufre... Y los santos se irán corriendo con todos sus bártulos.

El movimiento de cabeza de Marilú, sonriente como solo ella era capaz de estarlo, sugería una com-

GRAN ANGULAR

En 1968, Pablo Teruel, detective y periodista retirado, rememora los detalles de su primer caso. Sus recuerdos nos trasladan hasta 1921, en el distrito de Surco (que entonces estaba lejos de ser urbanizado), donde enfrenta una serie de acontecimientos que ponen a prueba cualquier explicación racional. Sus pesquisas lo llevarán a comprender lo que sucede en la Loma Amarilla, pero también a desenmascarar las actividades ilícitas del propietario del predio. El misterio de la Loma Amarilla es una trepidante novela de suspenso y, a la vez, un viaje a la época en que Lima era aún una ciudad pequeña rodeada de fértiles valles.

JOSÉ GÜICH RODRÍGUEZ (Lima, 1963) es escritor y maestro. Estudió literatura en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Ha publicado los libros de relatos *Año sabático* (2000), *El mascarón de proa* (2006) y *Los espectros nacionales* (2009). *El misterio de la Loma Amarilla* es su primera novela.

ISBN: 978-612-4055-19-5

129045



9 786124 055195

Hecho en el Perú